

## TESTIMONIO “UNA LECTURA DEL MENSAJE 85”

Suelo leer los mensajes en la noche, como continuación a la oración o como parte de las lecturas antes de dormir.

En éste, que leí en los primeros días del mes, me resonó la llamada a mirarme en mi condición de niño, “Hijo, en esta noche te pido una mirada a tu corazón de niño, un regreso a la alegría limpia que agrada a Dios...”, porque en mis reflexiones y miradas al recorrido de mi vida, en tiempos recientes me habían llegado imágenes y recuerdos de mi infancia e interrogantes sobre el tiempo de la inocencia perdida.

Comparto esta reflexión con el pudor y el temor de desvelar espacios que corresponden a lo íntimo de la experiencia personal, pero lo hago por si sirve a otros en la lectura del mensaje.

Durante este mes de Junio, sin una motivación aparente por el mensaje, retomé la escritura de algunos recuerdos de mi vida como un ejercicio de memoria, quizás animado por la lectura de algunos escritos biográficos publicados por amigos, comenzando por los del lugar de mi nacimiento y de mi infancia. Ahí estaba cuando el pasado 24 de junio releí el mensaje después de misa de la mañana en la capilla que suelo frecuentar. Y esta fue otra lectura y otra profundización, porque convergieron o afloraron con ella, las palabras del Evangelio del día, en la fiesta de San Juan Bautista, los últimos párrafos escritos en el relato de mis recuerdos de infancia y los mandatos recientes hallados en la oración.

En el relato escrito de mis recuerdos he podido percibir, en una frontera imprecisa, el paso del niño alegre, confiado, atrevido e inocente al de los enfados ocasionales, las pequeñas transgresiones y los retraimientos, sin poder hallar una comprensión de esos cambios más allá de la que puede dar el influjo de los rasgos heredados y del entorno, en un tramo corto de tiempo, como si esa inocencia primera no pudiera menos que comenzar a enturbiarse, si no es que parte ya más o menos corrompida de origen para continuar deteriorándose.

El evangelio del día, presenta al Bautista, al Precursor, tocado por el signo de Dios en la elección de sus padres, santos aunque no perfectos, lleno del Espíritu Santo ya en el seno materno y confirmado en El después de su nacimiento.

El contraste, entre la singularidad del santo y las personas comunes, podría hacer surgir un desánimo o una rebeldía ante el interrogante que plantea si no fuera por la gracia de la fe en Jesucristo quien desciende sin límites a nuestra naturaleza humana herida, a la de todos y cada uno, que se nos anuncia en su Evangelio como Sanación y Salvación de nuestra corrupción de origen, en el continuo y progresivo encuentro con nosotros mismos, acogiéndonos en nuestros ser y en El; en ese abandono se nos va dando dejarnos acoger y acogerle como Camino, Verdad y Vida para irnos transformando, santificando.

En este mensaje, el Señor me pide “una mirada a *mi* corazón de niño” y me pide hacerlo sin la añoranza de volver a vivir y reparar el pasado, que El ya ha Reparado al presentárselo con la compunción sentida de los errores, no me pide recrear el pasado sino que, consciente de esa inocencia, sencillez y alegría del niño primero que hay en mi, viva de ahora en adelante con la inocencia, la sencillez y la alegría recuperadas en este renacer (Mt 18, 3), (Jn 3, 3-7), “...¿Por qué te hago mirar tu inocencia de niño? Porque quiero que tu corazón vuelva a vivir y no del recuerdo sino del presente, de la inocencia recuperada por la Gracia de Dios...”

¡Qué regalo, qué maravilla este mensaje, qué claridad da la Palabra, cómo anima y da esperanza en la exigencia de vivir con perseverancia por El, con El y en El! (Dt 31, 8)

¡Gloria a Dios!

Jairo.